



TEXTO:

DESPEDIDA EN MILETO

Un cierto abatimiento se cernía sobre la comunidad. Habían vuelto a Éfeso después de despedir a Pablo en Mileto y se habían reunido para consolarse unos a otros en aquel momento difícil. Estaban convencidos de que no volverían a verle y, lo mismo que él, eran conscientes de que en Jerusalén le esperaban prisión y controversias.

Andrónico repitió como en un eco unas palabras del discurso de Pablo:

- “Nada me importa mi vida, ni es para mí estimable...”, ¿cómo se puede llegar a tener esa actitud –dijo- cuando todos sabemos lo aferrados que estamos a salvar nuestra propia vida? Esa libertad y ese desapego de Pablo me resultan inalcanzables, y creo que solo pueden vivirlos hombres tan excepcionales como él. Por eso me pregunto si este camino que queremos seguir y anunciar a otros no será una locura. Y me ocurre algo parecido con las palabras de Jesús que él nos ha recordado: “Hay más felicidad en dar que en recibir”. Yo confieso que prefiero recibir a dar, y no estoy seguro de querer cambiar mis preferencias. Estas conductas tan elevadas, ¿no estarán destinadas a héroes que, como Esteban, han sido elegidos para el martirio? ¿No nos estamos equivocando creyendo que tenemos que proponérselas a todos los que quieren abrazar la fe? ¿No van a alejarse de nosotros si les hablamos tanto de la cruz de Jesús? ¿Cómo atraeremos a ciudadanos de este imperio, buscadores del honor y la belleza? ¿No deberíamos presentar ante todo a Jesús como el más poderoso de los seres divinos y no insistir tanto en la ignominia de su muerte?

Las palabras de Andrónico suscitaron una larga reflexión: todos recordaban afirmaciones rotundas de Pablo que circulaban por las distintas comunidades: “Dios ha elegido los locos del mundo para humillar a los sabios”; “He decidido no saber otra cosa que Cristo crucificado”; “Para mí vivir es Cristo y la muerte, una ganancia, y Dios me libre de gloriarme si no es de la cruz de nuestro Señor Jesucristo”; “Todo lo considero pérdida comparado con el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor...”. Si el pronunciarlas iba a llevar a Pablo a la muerte, ¿debían ellos continuar por aquel camino de desmesura o considerarlo más bien como rasgo de un temperamento apasionada e inclinado a exagerar? ¿No habría que moderar ese lenguaje radical si querían que otros se agregaran a la comunidad?

Tomó la palabra Evodia, que había pertenecido a la comunidad de Filipos:

- ¿Y qué haríamos entonces con el dicho de Jesús que Marcos ha consignado en su evangelio: “Si alguno quiere venirse conmigo, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga, porque si uno quiere salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará”?

Son palabras imposibles de suavizar o disimular y debieron de quedar marcadas a fuego en la memoria de quienes las escucharon. ¿Quién se hubiera atrevido si no a inventarse una afirmación tan desmedida e insólita? Sólo Jesús pudo pronunciarla, y además no se la propuso sólo a sus discípulos, porque



dijo: “Si alguno quiere...”, así que nos toca a cada uno decidir si queremos entrar por ese camino abierto ante nosotros. Porque se trata de escoger entre pérdida o salvación, y esa elección nos toca a todos en el corazón mismo de nuestra vida. Supone una “pascua”, un paso muy decidido por nuestra parte si queremos seguir a Jesús: renunciar a nuestra propia manera de ver las cosas, a lo que imaginamos que es “salvar la vida” y confiar en que el Maestro lo sabe mejor que nosotros. Y si él propone ese camino extraño de la pérdida, tendremos que estar dispuestos a fiarnos de él, lo mismo que él no dejó de confiar en su Padre, aunque pasó por la cruz. ¿Cómo podríamos pretender seguirle si no entramos en esa relación de discípulos con el que consideramos nuestro Maestro?

Aquella noche volvieron a escuchar las palabras del himno a Jesús que se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Y bendijeron a Dios, que lo exaltó y le dio el Nombre que está por encima de todo nombre.

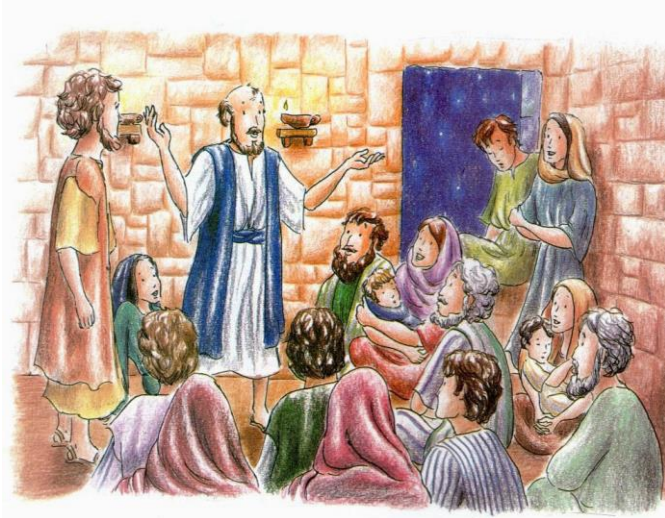
CUESTIONES:

Esta historia es mi historia. Soy consciente de que en la vida cristiana” nos lo jugamos todo en acertar con los que el Evangelio llama “salvar la vida” o “perderla”. Más que razonar sobre ello prefiero otro camino: fiarme de Jesús y de su extraña manera de pensar y actuar, y estudiar en el Evangelio los caminos de pérdida que a él le llevaron a la ganancia.

Compartiendo nuestra fe. Preguntarnos cómo vivir en lo concreto de nuestras vidas este juego de *pérdida/ganancia* en medio de un ambiente regido por el individualismo y las leyes de mercado, en el que la lógica del “cada cual para sí”, parece ser la única propuesta ideológica y cultural. Tratar de poner nombre a criterios y formas de reaccionar que revelan en nosotros acuerdo o desacuerdo con las opciones de Jesús.

BUENA NUEVA:

Hch 20,17-38:



Hallándose en Mileto, Pablo mandó llamar a los ancianos de la iglesia de Éfeso. Cuando llegaron, les dijo: “Vosotros sabéis cómo me he portado desde el primer día que vine a la provincia de Asia, cómo he estado entre vosotros sirviendo siempre al Señor con toda humildad, con muchas lágrimas y en medio de muchas pruebas que me vinieron por lo que querían hacerme los judíos. Pero no dejé de anunciaros nada que pudiera

seros provechoso, ni de enseñaros en público y en privado. A judíos y a no judíos les he dicho que se conviertan a Dios y crean en nuestro Señor Jesús. Y ahora me dirijo a Jerusalén obligado por el Espíritu, sin saber lo que allí me ha de suceder. Lo único que sé es que, en todas las ciudades a donde voy, el Espíritu Santo me dice que me esperan la cárcel y muchos sufrimientos. Para mí, sin embargo, mi propia vida no cuenta, con tal de que yo pueda correr con gozo hasta el fin de mi carrera y cumplir el encargo que el Señor Jesús me dio de anunciar la buena noticia del amor de Dios. “Y ahora estoy seguro de que ninguno de vosotros, entre quienes he anunciado el reino de Dios, volverá a verme. Por esto quiero deciros hoy que no me siento culpable respecto de vosotros, porque os he anunciado todo el plan de Dios, sin ocultaros nada. Por lo tanto, estad atentos y cuidad de toda la congregación sobre la que el Espíritu Santo os ha puesto como obispos para que cuidéis de la iglesia de Dios, la cual compró él con su propia sangre. Sé que cuando me vaya vendrán otros que, como lobos feroces, querrán acabar con la iglesia. Aun entre vosotros mismos se levantarán algunos que enseñarán mentiras para que los creyentes los sigan. Estad alerta y recordad que durante tres años no dejé de aconsejar día y noche, con lágrimas, a cada uno de vosotros. “Ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y al mensaje de su amor. Él tiene poder para haceros crecer espiritualmente y para daros todo lo que ha prometido a su pueblo santo. No he deseado para mí mismo ni el dinero ni las ropas de nadie. Por el contrario, bien sabéis que he trabajado con mis propias manos para conseguir lo necesario para mí y para los que estaban conmigo. Siempre os he enseñado que así se debe trabajar y ayudar a los que se encuentran en necesidad, recordando aquellas palabras del Señor Jesús: ‘Hay más felicidad en dar que en recibir.’ ”Dicho esto, Pablo se puso de rodillas y oró junto con todos ellos. Todos, llorando, abrazaron y besaron a Pablo. Se sentían muy tristes porque les había dicho que no volverían a verle. Luego le acompañaron hasta el barco.

ORACIÓN: QUEJAS DEL SEÑOR

Vine a los míos y los míos no me recibieron.
Me hice como uno de ellos y no me conocieron.

Busqué nuevas formas de presencia:
me prolongué en signos visibles,
me quedé en sus templos y en sus casas,
quise estar en el centro de sus encuentros,
pero ellos apenas se dan cuenta.

Me encarné en el pobre y en el que sufre;
quise hacerme presente en sus debilidades:
curar, compartir, acompañar, servir,
ser testigo firme de toda vida, aún de la más débil;
pero ellos se van por otros caminos.

Me ofrecí como alimento –sabroso pan y dulce vino–
pero el banquete les parece insípido y triste.
Me hice palabra buena y nueva,
y ellos la amordazan con leyes y normas.
Les descubrí los manantiales de agua viva,
y vuelven a las pozas y charcas contaminadas.

Tengo cada día una cosecha generosa
de dones y gracias que quiero repartir,
pero nadie la solicita, y me quedo con mis dones.
¡No hay dolor mayor que no poder darse a quien se quiere!

Tal vez equivoqué la estrategia.
Si me hubiera quedado en un lugar solamente,
seguro que todos irían a buscarme y a pedirme.
¡Me tienen al alcance de la mano,
pero ellos prefieren ir a encontrarme
a oscuros y estériles rincones!

A pesar de todo, renuevo mi presencia.
Me quedo con vosotros.
Me quedo en el centro de vuestra vida.
No me busquéis lejos.
Buscadme en lo más profundo de vuestro ser,
en lo más querido de vuestros anhelos,
en lo más importante de vuestras tareas,
en lo más cálido de vuestros encuentros,
en lo más claro de vuestra historia.
Buscadme en el dolor y en la alegría,
siempre en la esperanza y en la vida.

Os espero.



(Florentino Ulibarri)